

HORAS EXTRAS

Bernardo Atxaga

Horas extras



H&O

Primera edición: junio de 2017
Segunda edición: octubre de 2017

© de esta edición:
Hurtado & Ortega Editores
info@hurtadoyortega.com

© 1997 y 2017, Bernardo Atxaga
Este libro fue publicado por mediación de Ute Körner Literary Agent
www.uklitag.com

Imagen y diseño de faja: Sofía Nieto Penalver
Diseño de colección: Silvio García Aguirre
Diseño y maquetación del interior: Carolina Hernández Terrazas

Impresión: Bookprint

ISBN: 978-84-945916-1-7
Depósito legal: B 15.749-2017

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, salvo las excepciones previstas por la ley.

NOTA INTRODUCTORIA

Si es verdad, como dice el diccionario, que la palabra *excursión* proviene de un vocablo latino que significaba ‘salir fuera’ o ‘hacer un viaje corto’, muchos de los textos que aquí se recogen hablan de excursiones en el estricto sentido etimológico de la palabra. Se habla en ellos de paisajes y pueblos que me son muy queridos, de Extremadura, de Castilla o del País Vasco, y también de lugares que en su día me resultaron extraños, como París, Marruecos o ciertas zonas de las Islas Canarias. Pero en este pequeño libro hay además otro tipo de excursiones, otras salidas, desvíos que tomé cuando las circunstancias me sacaron del curso diario y me obligaron a hacer “horas extras” y a escribir, no ya novelas o poemas, sino reflexiones políticas y teoría literaria. En cualquier caso, en ninguna excursión, en ninguna página, encontrará el lector malhumores o pedanterías; tampoco, menos aún, ajustes de cuentas. Lo que sí encontrará es un deseo de diálogo, la necesidad de

compartir la admiración que siento por la variedad del mundo y la complejidad de las cosas.

BERNARDO ATXAGA

HORAS EXTRAS



I

DECIDIMOS ANDAR DE UN LADO PARA OTRO, y nuestra primera salida fue a la Vera de Cáceres, a un pequeño pueblo llamado Viandar. El viaje lo hicimos de noche, saliendo de Bilbao hacia las tres de la madrugada y manteniendo durante casi todo el trayecto una conversación doblemente nocturna: nocturna por la hora o las horas en que se desarrolló; nocturna también por el tono a veces íntimo, a veces metafísico que los tres que íbamos en el coche nos encargamos de imprimir a nuestras palabras. Cuando hicimos la primera parada y salimos del coche a estirar las piernas —creo que era por Cigales, en Valladolid—, Margarita explicó que la expresión «bóveda celeste» le había resultado inexacta hasta el día en que, saliendo del País Vasco, donde el cielo parece hecho a trozos y siempre plano, permaneció una temporada en Castilla y pudo comprobar su curvatura.

[II]

Mikel, que ya en el coche nos había estado hablando de cuestiones celestes y que parecía muy impresionado con las noticias sobre el cometa Haley, aprovechó el comentario de Margarita para decir algo que a mí me pareció interesante. Dijo que el Misterio, con mayúsculas, resultaba muchas veces imposible de percibir, y que para llegar a ser por ejemplo un Blake o un Hölderlin hacía falta no sólo un talento especial sino también, y sobre todo, una preparación tan larga y paciente como la de los monjes tibetanos; pero que, sin embargo, existían vías para rozar ese Misterio y sentir enseguida el vértigo que suele provocar dicho roce, siendo la más sencilla de las vías la astronómica. «Basta con un poco de imaginación», dijo Mikel. «Basta con pensar que estamos dentro de una bola que se mueve por el espacio, y que en ese espacio, un poco más lejos, hay otra bola que además es de diferente color, y luego otra, y luego otra más, y seguir así durante un rato, saltando de un planeta a otro y de una estrella a otra. Entonces, cuando tu imaginación ya te ha transportado muy lejos, vas y te haces la pregunta: todas esas bolas, todos esos espacios, ¿dónde están?, ¿dentro de qué están? Lo más normal es que a la pregunta le siga una especie de ofuscación, como cuando te despiertas de golpe o como cuando te llevas un susto, y que luego, al mirar alrededor y ver un coche o una casa, te sientas un poco raro y como ajeno a eso que estás viendo».

Estuvimos de acuerdo. Margarita añadió que la experiencia resultaba ahora, gracias a la televisión y al

cine, más asequible que en épocas pasadas, porque la imaginación contaba con apoyos visuales, y que el día en que ella fue a ver la película de Kubrick *2001, Odissea en el espacio* salió tan tocada del cine que no acertó a encontrar el camino de casa lo menos durante media hora: las imágenes de la película le impedían recordar las de toda su vida. Por mi parte, no me sentía muy inspirado, y lo único que aporté a la conversación fue algo que parecía describir con exactitud lo que ellos me contaban, una frase que Carson McCullers escribió sobre una persona que, de vuelta a la ciudad de su juventud, se pone a repasar su antigua agenda de direcciones para acabar dándose cuenta de que no puede o no quiere llamar a ninguna de sus amistades de entonces: «Tuvo una sensación de tránsito, de azar, casi de miedo». Y con esa cita llegamos a Ávila. Amanecía, y la claridad del aire, que sólo llegaba hasta los tejados y las almenas de la muralla, hacía que la ciudad pareciese espectral.

La idea que teníamos de Extremadura era tan equivocada que entramos en la Vera de Cáceres haciendo honor al Bobo famoso. Por ejemplo —ejemplo de bobería—, nos llamó poderosamente la atención un pájaro muy parecido a las golondrinas pero que, a diferencia de éstas, lucía un plumaje de colores muy chillones. Por alguna razón, decidimos que se trataba de un pájaro tropical, de la familia de los loros, y en esos términos, o en peores, se lo comentamos al anciano que estaba sentado a la entrada del bar donde desayunamos.

«¿Hace mucho tiempo que hicieron la repoblación?», le dijimos señalándole los tres ejemplares que en aquel momento volaban por encima de nosotros. Uno de ellos dejaba una estela naranja en el aire; los otros dos eran verdes con cuadraditos rojos. «No les entiendo», respondió el anciano. «Hablamos de los pájaros, de los loros estos, si se han aclimatado bien a esta zona», insistimos. «No son loros, sino abejarucos y los únicos que necesitan aclimatación son ustedes». El anciano bajó los ojos hasta la matrícula del coche, y los tres nos sentimos como metidos en un chiste de bilbaínos.

No fue la única torpeza que cometimos en nuestra llegada a Viandar, pero nuestra bobería tuvo al menos una consecuencia agradable: la conversación que con una gente del pueblo mantuvimos la noche del sábado en el balcón del Bar Miguel. Además del mismo Miguel, estaban allí su hermano, su mujer, otro matrimonio amigo y un chico joven que había nacido en París y respondía al nombre de Aldo. El balcón nos pareció extraordinario, el lugar ideal para beber unas cervezas y charlar tranquilamente: dominaba el 60% del valle del Tiétar y también —lo dijo Mikel— el 35% de todo el cielo que, el día del reparto universal, le había correspondido a Extremadura.

Hablamos sobre todo del desconocimiento, del desconocimiento mutuo entre las gentes y del desconocimiento en general. La periferia estaba dejada de la mano de Dios, lo cual, en los tiempos que corren —poderoso dios es Don Dinero— equivalía a estar

tan lejos de las grandes inversiones, lejos de todas esas Autopistas Divinas por las que corren o vuelan las grandes capitales, y no era extraño, por lo tanto, que Extremadura —última tierra, última frontera— fuera una desconocida; casi nadie pensaba encontrar en ella un valle tan verde y tan feraz como la Vera, o una zona como el Jerte, con sus miles de cerezos, o una ciudad tan delicada como Cáceres, la de las mil cigüeñas. «Hasta que no vienen aquí, no caen del burro», dijeron nuestros amigos. «Los prejuicios alteran la visión de la realidad de una forma increíble», añadió Margarita. «Lo mismo que me ha ocurrido con Extremadura, me ocurrió antes con Albania. Al haber sido un país del bloque comunista, y al asociar yo el comunismo a las nieves y a los hielos que aparecían por ejemplo en *Doctor Zhivago*, me llega la hora de hacer un viaje a aquel país, el verano pasado, y ¿qué hago? Pues lo primero, meter una bufanda gruesa de lana en la maleta. Y no caí del burro, como tú dices, hasta que un amigo me mostró una fotografía de la zona que pensaba visitar. En la fotografía se veía una plaza de pueblo llena de palmeras».

Llegado ese punto, yo les referí una anécdota que siempre me ha gustado y que escuché por primera vez en Barcelona, en la época en que asistía a las clases de filosofía de la Universidad Central. En aquel balcón, la anécdota resultaba especialmente adecuada, y no sólo por la conversación que nos traíamos, también por su referencia a las estrellas. «En esto de los prejuicios hay

un caso que tiene que ver con los astrónomos medievales y que es muy curioso», comencé. «Pues resulta que a mediados del siglo XIII se produjo una nova, es decir, que nació una de estas estrellas que ahora mismo vemos desde aquí». «¡Ésa!», exclamó entonces Aldo señalando un punto en el cielo y haciéndonos reír. «No, aquella otra, la que está más a la derecha», seguí yo. «Nació además, al igual que las demás estrellas, tras violentas explosiones, provocando la aparición de señales luminosas en el cielo; señales que, por lo visto, suelen ser perfectamente visibles desde la Tierra sin ayuda de instrumento alguno. Pues bien: los astrónomos chinos observaron el fenómeno y dejaron constancia de él en sus anales, cosa que también hicieron, según han comprobado los historiadores, los astrónomos persas y los aztecas. ¿Y los astrónomos europeos? ¿Qué hicieron los astrónomos de Florencia o de París? Pues no hicieron absolutamente nada. No dejaron constancia del fenómeno. No vieron las señales, o no concedieron importancia a las que habían visto. ¿Por qué razón? Pues a causa del prejuicio que tenían. Ellos, los astrónomos europeos, eran aristotélicos, seguidores de la Física de Aristóteles, y estaban convencidos por ello de la inmutabilidad de las estrellas: las estrellas estaban rodeadas de una sustancia incorruptible llamada éter y eran fijas, estaban como clavadas en el cielo. En lo que a ellas se refería, ningún movimiento o cambio de estado era posible. Cegados por ese prejuicio, o esa previsión, no repararon en nada. Y, colorín colorado, este cuento se

ha acabado». «O sea, que pasaron completamente de las señales», comentó Aldo. «No me parece tan raro», intervino Mikel. «Yo siempre he oído decir que se ve con la cabeza, y no con los ojos».

Hacia las tres y media de la madrugada vimos la luz de un avión, un punto rojo que parpadeaba con regularidad y que parecía una estrella de verdad, y de las más bonitas. Después de todo lo hablado, lo tomamos por una señal, y decidimos poner fin a la reunión. «¡Qué bien voy a dormir!», dijo Mikel desperezándose. No era el único en tener esa impresión.

Camino de la casa donde nos alojábamos, pensé en lo tónico y vivificante de los viajes. En cuanto uno se alejaba de sus lugares de costumbre, las neuronas que supuestamente gobiernan la vida intelectual despertaban y se ponían a trabajar. Ya no había rutina, ya no era posible responder con lo de siempre a los estímulos de siempre; los estímulos «el paisaje, la gente», eran ahora otros, y las respuestas de repertorio no valían. De donde se deducía que para seguir vivo, para seguir despierto, era necesario moverse. Ya en la cama, con el libro de Stephen Spender entre las manos —*Un mundo dentro del mundo*—, encontré un lema que él atribuye a Malraux y que resumía lo que yo sentía en esos momentos: *Il faut agir*. Sí, había que moverse, había que actuar. Era bueno andar de un lado para otro.